

ARTE★LETRAS ESPECTACULOS

PARA empezar, Fernando González ha escogido inteligentemente el punto de vista del narrador. "Kábila" la relata precisamente un kabileño del Rif, con lo que la visión de lo que ocurre ante nuestros ojos tiene forzosamente que ser muy distinta a la burdamente inculcada desde la historia o crónica oficiales. Porque, desde luego, lo que nos cuenta Ahmed Beni-Haki, de la kábila rifeña de los benituzinés, es la atroz historia de una derrota inferida a sangre, fuego y humillación. Una derrota a manos de un ejército colonialista que no dudó, por vez primera en los anales, en emplear el bombardeo de gases contra poblaciones civiles, amén de arrasar desde el aire los poblados rifeños. Una derrota que alcanza el cenit de su dimensión cuando consigue integrar al servicio de los ocupantes a los jóvenes que habían empuñado las armas en defensa de la independencia: serán los "moros" que abrirán brecha en las ofensivas franquistas, ejerciendo así una ignorante y brutal venganza contra la raza de "rumes" que masacró a su propio pueblo, y a la vez persiguiendo con desespero el chusco y el ascenso en el ejército de la metrópoli.

Con novelas como ésta se caen por su propio peso cuantas fanfarrias y desplantes urden las castas dominantes españolas para justificar su dominación. El colonialismo español, hora es ya de decirlo como lo dice expresamente González, fue racista, cruel y mediocre. Cuantos personajes secundarios aparecen en "Kábila" —la alcahueta Fátima, la puta legionaria Chumitza, el protocomunista Khamal, el renegado Mendiola El Sebti, el alucinado santón Ben Saddah, el mercenario Hans, los milites españoles, las militaras, hasta los "grandes" como El Raisuni, Abdelkrim, Fernando de los Ríos o Franco— están inmersos en una sucia historia de polvo, traición y odio en la que oímos literalmente crujir los cráneos vencidos bajo la bota imperial. Y, sobre todo, oímos el silencio de las víctimas que quedan vivas, un silencio derrumbado sobre la voz cosida a balazos de los muertos en esos páramos rifeños que González ha



Fernando González.

LIBROS

El rifirrafe del Rif

MIGUEL BAYON

Cribada de temas tabú, nuestra literatura —el problema se agrava en la vertiente más popular— renquea falta de savia y no puede, a la larga, sino ser pasto de modas extranjeras que avispados editores logren, de cuando en cuando, presentarnos como exquisitos modelos de lo divino y humano. Hay, no obstante, en los últimos tiempos un intento de rescatar lo propio de una voz española hasta ahora enmudecida. Si hace meses se producía una cierta aportación a la renovación del género "negro" con novelas como "Carne de trueque", de Fernando Martínez Láinez (1), ahora Fernando González, bien conocido asimismo por los lectores de TRIUNFO, levanta en "Kábila" (2) no pocos velos sobre uno de los períodos más malditos de nuestra historia moderna: las "guerras de África" y su consecuencia en la guerra civil.

sabido pintar con mano impresionista.

Paisaje, gente y hechos nos son relatados con chafarrinones agresivos, cuyo vértigo se clava en el lector un poco a la manera

(1) Sedmay. Colección Club del Crimen. Madrid, 1979.

(2) Debate Literaria. Madrid, 1980.

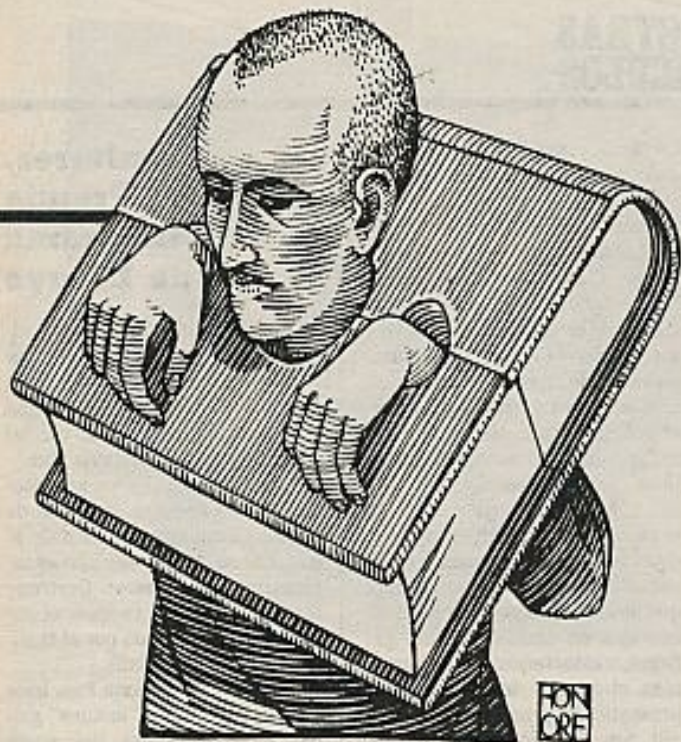
de las "Memorias de un hombre de acción", de Baroja. Y se nota en este aspecto, además, la experiencia periodística de Fernando González: no pocos episodios se hacen aún más atractivos, y su sentido más claro, gracias a una técnica narrativa emparentada con el moderno concepto de reportaje en directo, pero sin nunca dejarse ir por la falsa "impar-

cialidad" del enviado especial. En ningún momento puede olvidarse quién está hablándonos, de qué derrota nos habla. Y eso que el experimento de la voz rifeña como soporte narrativo es ciertamente arriesgado, porque en puridad resulta imposible para un europeo (mejor dicho, para alguien no rifeño) llegar a ser impecable en el tono y en la selección del material, sin caer en inevitables toques de "color local"; cuando González tiene que recurrir a palabras árabes o a costumbres marroquíes, procura que sea el propio contexto el que explique al lector de qué se trata, y que el lector capte la necesidad de ello en la narración.

Pero no sólo hay en "Kábila" un buen oído para lo árabe, sino que en pocas novelas españolas se ha logrado tal exactitud en el manejo de la jerga cuartelera. Cuando la soldadesca rumi está a lo suyo, o cuando impertinente se dirige al moro, nos hallamos verdaderamente en la salsa de ciudades como Melilla, Ceuta, Tetuán o Chauen, porque la jerga es verídica y verosímil: la jerga del dominador, del guerrero vencedor que en el fondo no gusta de no poder ya darle al gatillo.

No hay heroísmo alguno en "Kábila"; hay mucha rabia impotente, mucha tristeza histórica, mucha memoria manchada. No en vano se nos cuenta —la cuenta él mismo, para mayor inri— la vida de un francotirador de la resistencia rifeña —un "paco", en la jerga— que, arrastrado por los feroces vientos, llega a combatir en las fuerzas de Mizzián a las órdenes de Franco. La realidad histórica, una vez más, fue en sí más inconcebible que la más desafortunada ficción: el desgarró que así se produjo en las vidas de tanto Ahmed (tanto "Jamé") es algo de lo que ningún hombre puede recuperarse.

Y hay algo que no puede olvidarse ante esta novela de Fernando González. Subyace en ella una propuesta de literatura popular, celosa de ser entendida y degustada por amplias capas de población: justamente existen también tan poderosos como el que rodea a las "guerras de África" porque se ha fomentado la ignorancia de la gente española, su no acercamiento a relatos fide-



dignos —piénsese, por citar sólo un magnífico ejemplo, en "Imán", de Ramón J. Sender (3)— de lo que allí pasó. No puede haber una literatura popular si no se escribe teniendo presente, ante todo, suscitar el interés del lector, la imaginación y el sentido crítico de quien lee; cuando una novela popular logra su objetivo, resulta que se diluyen todos los tópicos teóricos sobre "quién es el que lee", y no hay metafísica que valga, ni "discurso sobre el discurso": un libro como "Kábila" lo puede leer, y con disfrute y aprovechamiento, todo hijo de vecino, sea coronel Trefulgo Cinco Estrellas o mamporrero en la remonta. En resumen: "Kábila", mesías biseñ, mucho bueno, paisa. ■

(3) Editorial Destino, Barcelona.

Apología del exterminio

NO es por azar que el protagonista de *Exterminio en Lastenia* (1), Ginés Fayer, sea a su vez el cronista que recupera la nebulosa que se encierra en el tiempo pasado de su linaje, en el espacio inconcreto donde se cruzan en apariencia caprichosa apellidos que semejan —en los sucesivos encabalgamientos del relato— espejos y espejismos, su-

(1) *Exterminio en Lastenia*, de Fernando G. Delgado. Plaza y Janés, Barcelona, 1980; 236 páginas.

perposiciones constantes de personajes que se duplican en su retorcida experiencia a través de distintos tiempos, seres que —como espectros— aparecen y desaparecen de Lastenia, abandonando tras de sí la memoria vaga y deshilachada que se difumina con una básica intención: la misma que genera la estructura interna del relato, la misma que alberga en el alma de Ginés Fayer. La misma exactamente que Fernando G. Delgado impone en los entrecruzamientos a lo largo de la irregular orografía de la ficción: el exorcismo de un destierro, la apología del exterminio de una tierra que se identifica —en la misma ficción— con unos per-

sonajes y una familia llamada desde siempre a desaparecer incluso de la faz de la memoria del último descendiente que rinde presencia en el territorio aletargado de Lastenia. Historia de un lento y largo camino hacia la derrota, relato de las huellas del deterioro: "En cada linaje, el deterioro ejerce su dominio", escribió el poeta peruano Carlos Germán Belli. En Lastenia, Fernando G. Delgado metamorfosea el deterioro en su forma capital: el exterminio, no sólo concepto, sino fundamento principal de la novela, lo que implica, grosso modo, una estructura finalmente quísmica, anular, cerrada, que vibra siempre alrededor del cauce central de una historia que apenas permite entrever los acuosos hilos de otros afluentes que brotan tímidos desde la médula de esa misma historia central.

Sin adversativas de ningún género, algunos hallazgos son palpables en *Exterminio en Lastenia*, aquellos que —quizá— ni siquiera se propusiera el propio autor. Incide Fernando G. Delgado en la voluntad de creación o fundación de un nuevo lenguaje narrativo, mestizo del que se habla y escribe en la Península y de aquel otro que se habla y escribe en América Latina, éste que ahora muchos espantan como inquisitorialmente pueden tras los largos aplausos al boom latinoamericano de los sesenta/setenta. Esa voluntad es, en *Exterminio*

en Lastenia, el principio de un logro, un intento que prospera en el texto de la novela. Delgado no hace otra cosa que manipular literariamente el lenguaje que le es propio por propia experiencia.

Por otro lado, su intento de descontextualizar, al menos geográficamente, un relato como *Exterminio...* para universalizarlo a través de un indeterminado territorio mágico, ingrátido en los mapas, hay que resaltarlo en función de su afán por romper las fronteras concretas de un espacio determinado (2). Pero por muchos disfraces, por muchos laberintos que interponga el novelista en su espacio narrativo, algo huele a claustrofobia (a aislamiento: a insularidad) en la novela. Quiero decir, por ejemplo, que *Cien años de soledad* no es una novela colombiana, pero no podría existir sin una *terra mater* en la que crecen los mitos, la leyenda, la ficción que, como dice Carpentier, no supera nunca la realidad en la concreta geografía a la que nos referimos. Ese territorio de derrota, tropical e impreciso, no es el de *Dublínenses*, ni sus caminos son proustianos ni venecianos. Al menos en su origen primigenio, ese territorio mágico nace en Cervantes (en un lugar del que el autor no quiere acordarse) y se extiende por toda la novela moderna hasta recalcar en Juan Carlos Onetti o en Gabriel García Márquez. Si esta afirmación viene apoyada por una concepción del lenguaje vivo que vuela más cerca de América Latina que de Europa, es determinante en el novelista una cier-

(2) La novela de Delgado no es una novela "canaria", al estilo de aquellas a las que los gacélleros insulares conceden, con gratitud tropical, tal apelativo supuestamente positivo. Para estos comentaristas —que incitan al raro parentesco de la reforma agraria con la literatura— existen incluso dos tipos de novelas en Canarias: la que se escribe en "canario" (7) —novela canaria stricto sensu— y la que, aunque se desarrolla en los territorios insulares, no trata el "asunto" como ellos —tales comentaristas— hubieran deseado. Según estos mismos comentaristas podrá entonces hablarse de una novela canaria y de una novela de Canarias (7), extraña dicotomía que juega, en las tierras insulares, el oscuro papel de oficiante de la confusión...

Fernando G. Delgado.



ANTONIO ALBA